



UNA  
CORTE  
DE  
HIELO  
Y  
CENIZAS

AUTORA BESTSELLER DEL USA TODAY

LJ ANDREWS

## CAPÍTULO UNO

---

### EL PRÍNCIPE DE LA NOCHE

La sed de sangre seguía allí. La sentía como algo pesado y palpable cada vez que apoyaba la mano en la empuñadura de las hachas negras que llevaba en el cinto. Todavía sobrevivía en mí una criatura muda que exigía sangre y deseaba dolor, como si la maldición se hubiera prolongado durante demasiado tiempo y una parte de mí se hubiera rendido para siempre ante la bestia retorcida en la que me convertí tantas veces.

Decidí, con demasiado optimismo, no contarle eso a nadie.

Sentado en una roca entre los árboles, me llegó el olor a cobre mezclado con humedad. Se percibía la sangre en los últimos vestigios de la tormenta. Inspiré hondo para intentar así calmar el ansia de mi pecho, pero quería más.

—¿Qué sentido tiene esto?

Miré a Tor por encima del hombro. Me observaba mientras le pasaba una piedra de afilar a su daga, igual que hacía cuando yo no era más que un niño que iba todo el día detrás de él y de mi hermano, Sol.

En aquellos tiempos en que la vida tenía sentido.

—Me caías mejor cuando te postrabas ante mí. —Volví a mirar al frente y apoyé la mano en una de las hachas.

—Ya, solo fue un momento fugaz tras el arrebato de felicidad por librarnos de la maldición y recuperar los recuerdos. —Tor dejó de afilar su arma y se acercó—. Dime una cosa, mi príncipe: ¿qué vamos a conseguir con esto?

Acaricié con el pulgar la piedra vidente negra que llevaba al cuello y que ya no servía para nada. No tenía respuesta para esa pregunta y no quería admitir que no tenía un plan claro. Pero conseguí, no sé cómo, sonar confiado.

—Perder otra caravana tendrá un impacto importante en las arcas del falso rey. Y provocará malestar y desconfianza.

Tor puso los ojos en blanco y estuvo a punto de echarse a reír.

Apareció un recuerdo puntual en mi cerebro: una imagen clara de Tor haciendo ese mismo gesto cuando discutía con Sol. Los recuerdos iban aflorando cada vez con más facilidad según iba pasando el tiempo. Muchas veces alguno de nosotros se quedaba parado, se frotaba la frente y compartía un nuevo recuerdo.

Y todos nos reíamos o lo utilizábamos para alimentar nuestro deseo de venganza.

—Creo que estamos demasiado cerca —comentó Tor en voz baja—. Has dicho que querías dejarla en paz, pero siempre acabamos en algún lugar donde estás próximo a ella.

Apreté un puño junto al costado al pensar de nuevo cosas que me llenaban el pecho de un extraño miedo. Cosas que no podía arriesgar y que sin duda no podía desear.

*Ella* no podía tener nada que ver conmigo, con la Hermandad de las Sombras, ni con la guerra sin fin que manteníamos para vengar la sangre de mi familia. No sería justo. Al menos así era como justificaba todo aquello en mi cabeza. Aunque lo que más se acercaba a la verdad era que Elise Lysander podría acabar con lo que quedaba de mi sed de sangre y yo no estaba preparado para renunciar aún.

Por eso tenía que seguir como si fuera totalmente indiferente.

Fulminé a Tor con la mirada y me alegró ver que agachaba la cabeza, para variar.

—Esto no tiene nada que ver con los timoranos.

—¿Los timoranos? Me alegro de oírte decir eso, porque ella es timorana. A pesar de todo lo que *Kvinna* Elise hizo para acabar con la maldición, ella comparte sangre con el rey Eli. Incluso le pusieron su nombre por él, maldita sea. Si quieres seguir adelante con la venganza, será por nuestra cuenta, ¿entendido?

Fijé la vista en la tela roja que tenía en las manos.

—A menos que prefieras admitir que has cambiado de idea, tal vez incluso de actitud. —Halvar apareció detrás de un árbol, lamiéndose grasa de los dedos y tiró lejos el hueso pegajoso de un ave acuática—. En cuyo caso, juro por todos los cielos que no te voy a repetir mi habitual «te lo dije», aunque te lo haya dicho ya un millón de veces.

—Elise no tiene cabida aquí —insistí, más para convencerme a mí mismo que a ellos.

—Estoy de acuerdo —confirmó Tor—. Ella ya hizo su papel y a partir de ahora le irá mucho mejor lejos de nosotros.

—Me encanta veros a los dos diciendo lo que pensáis en voz alta, como si así pudierais convencer a las Parcas que la trajeron hasta nosotros, como si a ellas les importara vuestra opinión. Elise es su *hjärta*, la canción de nuestro príncipe.

—¿En serio? ¿Pero cuándo te has vuelto tan blandengue, amigo mío? —preguntó Tor, burlón.

—Ah, yo siempre he sido el mejor amante de los tres. Y no tengo nada de blando. Puedes negarlo cuanto quieras, Torsten, pero tú eres el único de nosotros que ha encontrado a su *hjärta* y por eso deberías reconocerlo mejor que yo. El problema es que tú también intentas acallar a ese corazoncito negro que tienes.

Halvar sonrió con cierta picardía cuando Tor intentó darle un golpe en el brazo. Tras apartarse hasta una distancia segura, Halvar me miró.

—Mantengo lo que he dicho y voy a disfrutar mucho viéndote luchar contra la atracción que sientes por *Kvinna* Elise, prínci-

pe Valen. Lo cierto es que tengo intención de decirte «te lo dije» al menos cien veces más cuando tú...

—Ojalá la maldición lo hubiera dejado mudo —interrumpió Tor.

Apreté la mandíbula para evitar sonreír. Echaba de menos aquella dinámica, conocernos como antes. En su momento ni siquiera me importaba ser el niño molesto y que esos dos me hicieran verdaderas perrerías. Ojalá Herja y Sol estuvieran allí. Mi hermana me defendería y Sol sabría qué había que hacer mejor que yo. Sabría cómo conseguir que Nuevo Timoran pagara por la sangre y el sufrimiento de nuestro pueblo.

—Vamos. —Me detuve un momento y miré a Halvar con los ojos entornados—. Y Elise no es mi *hjärta*.

Él sonrió como si yo todavía fuera aquel niño ridículo.

—Lo que tú digas, mi príncipe.

El *hjärta* era un concepto romántico, uno de los favoritos de los habitantes de la noche desde tiempos inmemoriales. Las leyendas hablaban de una furia antigua que conectaba a dos amantes de tal forma que sus almas parecían fusionarse como las notas de una canción para crear la armonía, formando una unión irrompible.

Era ridículo.

Y dolía.

Mi padre siempre decía que mi madre era la canción de su corazón. Ella era timorana. Tal vez...

No. No me serviría de nada establecer una unión con Elise Lysander. La había utilizado para acabar con la maldición y eso ya lo había conseguido. Se acabó.

Me puse en cuclillas, entorné los ojos y me centré en la difícil ruta para caravanas que serpenteaba bajo el saliente rocoso. Estábamos en una zona discreta, oculta por robles negros, sauces y otros árboles de hoja perenne. Las ramas asomaban entre la niebla, cada vez más densa, como unos dedos que se enredaran en el cabello de un amante. A pesar de la bruma, todavía se distinguían bastante bien los carros negros. Mi visión nocturna se había agu-

dizado desde que se rompió la maldición y se liberaron mi furia y mis recuerdos; al fin y al cabo, por eso se me conocía en aquella vida que tuve tantos años atrás.

El príncipe de la noche, soberano nacido bajo una luna creciente, príncipe de las sombras, poseedor de la furia de la tierra. Antes siempre prefería el anochecer al amanecer y todavía me pasaba.

Tres carromatos pasaron bamboleándose sobre las raíces que sobresalían y entre las zarzas que asomaban. A cada uno de ellos lo seguía una hilera de viajeros cansados a pie.

«La sangre está ahí». Docenas de etnanos, vestidos con el azul de Aguja del Cuervo, trasportaban cintas y satenes. Algunos llevaban pesados sacos de lona al hombro. Otros empujaban carretillas con montones de telas, plumas, alfileres y agujas para sastres y modistas. Muy pocos de los sirvientes llevaban zapatos. La mayoría de ellos, incluso los más menudos, iban encorvados y avanzaban con dificultad, caminando sobre trozos puntiagudos de roca y envueltos en el polvo del camino.

Hice una mueca.

Una chica, que solo era piel y huesos, cargaba con un saco de cereal tan grande como ella, pero todos los Cuervos que vigilaban la caravana iban con sus culos gordos cómodamente sentados, sin fijarse en la gente que sufría a sus pies. Mi gente.

Yo no podía ser su príncipe, al menos no el que ellos querían, pero sí que podía ser un villano en su nombre. Un criminal que doblegara al castillo Aguja del Cuervo.

Después quedaría libre para irme lejos de aquel lugar dejado de la mano de los dioses.

Aquello no era la Etta de mi infancia, era una tierra que no reconocía y por la que no sentía ningún cariño. Sentía cierto grado de lealtad hacia su gente, pero no podía (peor, no quería) gobernarla.

Cuando culminara mi venganza, yo sería tan indigno como el falso rey que se sentaba en el trono en aquel momento.

—¿Por qué demonios vamos a atacar una caravana de telas? ¿Dónde están los carros con dinero? —murmuró Halvar.

Saltó desde un saliente que había más arriba para situarse a mi lado. Vestido de Sombra, con la nariz y la boca cubiertas con una máscara negra, apenas se le distinguía en medio de la noche.

—Todo cuenta, pedazo de idiota.

Tor rodeó el saliente por un lado y se agachó en la oscuridad, a unos diez pasos de donde estábamos nosotros. Entonces vi aparecer unas llamas azul pálido en las puntas de sus dedos, que se disolvieron cuando apretó el puño. La furia del fuego era una de las formas de poder más difíciles de controlar, y Tor, después de recuperar sus recuerdos, había tenido que volver a aprender a manejar su magia.

Halvar resopló.

—Yo preferiría darle al falso rey donde más le duele: en sus arcas.

—A su debido tiempo, Halvar —dije muy seco—. A su debido tiempo.

Desde el mismo momento en que la maldición desapareció, nos habíamos dedicado a convertirnos en una espina en el costado del rey Calder, ese crío imbécil que había asesinado a su propio padre para hacerse con el trono.

Primero nos ocupamos de los guardias que envió a la Tumba Negra cuando se rompió la maldición. Aparté la oleada de remordimiento que sentía al pensar en aquel momento. Los enviaron para descubrir lo que había pasado, pero lo único que encontraron fue el final de sus vidas. Todos menos uno, al que dejamos vivir para que volviera cojeando al castillo para contar la historia del Espectro Sanguinario y la Hermandad de las Sombras.

Decidí seguir utilizando la denominación de Espectro Sanguinario; era un medio para conseguir un fin. No podía ser Valen Ferus, porque no me sentía capaz de cargar con ese peso cuando lo único que necesitaba hacer era vengar la muerte de mi familia. Su sangre empapaba la tierra del antiguo Etta y sus gritos aún no me dejaban dormir.

Quería que Timoran cayera.

—¿Cuál es la mejor forma de lograr la caída de un reino, Halvar? —pregunté en voz baja.

Él cruzó los brazos a la altura del pecho, estudiando la caravana.

—¿Quemarlo hasta los cimientos? ¿Robárselo todo hasta que no quede nada? ¿Decapitar al rey? Me encantan los acertijos, mi príncipe, pero no puedo esperar a oír tu solución.

Sonreí. Dioses, no había cambiado nada. Con maldición o sin ella, Halvar hablaba demasiado, amaba con una pasión desenfrenada y era leal hasta el fin.

—Abrir una grieta entre el rey y su gente, amigo mío. Desemascarar su incompetencia. Que todos vean que, mientras ellos sufren, él se hace cada vez más rico.

—¿Quieres provocarles sufrimiento a los ettanos?

—A los timoranos —aclaré—. Nuestra gente ya sufre. Pero los timoranos, la gente de a pie, empiezan a ver que escasean los suministros, mientras que su rey y los nobles nadan en la abundancia.

Miré de nuevo el camino y sonreí. Para cuando acabáramos, los timoranos habrían perdido toda la fe en su rey y lo verían como la víbora llórica que era. Lo derrocarían y dejarían paso a la furia, para que la sangre de Etta volviera a ocupar su lugar de nuevo.

Solo necesitábamos encontrar a un habitante de la noche que estuviera dispuesto a aceptar la corona de un reino tan maltrecho. Yo renunciaría a mis derechos y la tierra elegiría a otro atendiendo a mi palabra.

La furia elegía a la realeza de Etta. Era un don concedido por los dioses, así que resultaba natural que fuera el factor decisivo en la elección del soberano de la tierra.

Halvar se puso en cuclillas a mi lado.

—Ella sabrá que has sido tú.

Esas palabras se clavaron como una daga en mi pecho, tan certera y veloz que no me dio tiempo a reaccionar. Pero si era capaz de enterrar mi sed de sangre, también podría enterrar eso.

Aunque el deseo por una mujer como ella estaba resultando ser una bestia mucho más difícil de domar.

—No importa. —Mentira, importaba y mucho, y por eso lo odiaba—. Que me desprecie. Así se librará de mí una vez por todas.

Halvar no dijo nada más (por una vez), solo sacudió la cabeza.

Le di la espalda y estudié la máscara roja que tenía en las manos. Ella la aborrecía, incluso juró que me buscaría una de otro color. Pero eso fue cuando los dos soñábamos con ser libres y alejarnos de aquella tierra juntos. Cerré los ojos, reprimí el desasosiego hasta que me ardió el corazón, y la rabia sustituyó al dulce recuerdo de sus labios, de su piel contra la mía.

Me tapé la barbilla, la boca y la nariz con la tela roja. Olía a humo, sudor y sangre.

Inspiré hondo.

Me puse la capucha negra. Un dolor se extendió, el mismo que surgía siempre antes de atacar; necesitaba que mi corazón le dijera adiós a Elise de una vez por todas. Seguro que ella sabría que era yo quien estaba causándole dolor a su pueblo. Pero era por su bien. Yo no era el hombre adecuado para ella. Yo quería bañarme en sangre.

«Perdóname», el pensamiento inesperado apareció justo cuando hice girar una de las hachas en la mano.

Tor abrió la palma y un fuego frío le envolvió la piel. Halvar hizo girar unas nubes de tormenta sobre nuestras cabezas con su furia del aire.

Agarré con fuerza ambas hachas. Yo no podía usar mi furia porque si revelaba que podía controlar la tierra, hacer que se elevara y se abriera, me reconocerían. Pero no hacía falta. No necesitaba luchar con la furia; me sentía más orgulloso cuando lo hacía cuerpo a cuerpo.

Una sonrisa traviesa apareció en mi boca bajo la máscara. La caravana estaba pasando justo debajo de nosotros. No llegaría nunca al castillo Aguja del Cuervo.

—Por Etta —grité con la voz grave y profunda.

—Por Etta —repitieron mis amigos.

Yo fui el primero en saltar desde el saliente.

Había llegado el momento de calmar esa sed de sangre.

# UNA CORTE DE HIELO Y CENIZAS

ELLA LO ELIGIÓ A ÉL. ÉL PREFIRIÓ LA VENGANZA.  
PERO ALGUNAS ELECCIONES TIENEN  
CONSECUENCIAS MORTALES.

Cuando Elise accedió a romper la salvaje maldición que sufría el hombre que amaba, nunca se imaginó que él era en realidad un príncipe fae perdido. Valen la abandona para vengar el asesinato de su familia y Elise se une a otros fae renegados en la rebelión contra su hermana, aunque lo único que busca es olvidar al príncipe que le ha robado el corazón.

Pero el destino tiene otros planes.

Tras reencontrarse para salvar a un amigo mutuo, Elise y Valen se ven obligados a decidir de qué lado están en la lucha por la corona. Y cuando resurge su pasión, con ella también reaparecen peligros que amenazan con separarlos para siempre: una extraña plaga mágica que infecta la tierra, la traición de uno de los suyos y un horrible secreto que ni el príncipe se esperaba.

El peligroso juego por hacerse con el trono ha comenzado. ¿Pero quién salvará a Elise y a Valen de la magia oscura que tiene el poder de destruir su amor para siempre?

**Entre un cuento de hadas y una leyenda vikinga,  
*Una corte de hielo y cenizas* es la historia de amor  
trepidante entre una princesa rebelde y un príncipe seductor  
con la mezcla perfecta de dulce romance y pasión abrasadora.**

FAERIS

ISBN: 978-84-19988-18-8

